

Número 4

15 de setiembre

San Selerín...

1912

Periódico para los niños



Dirigido por

Carmen Lira y Lilia González

Se publica quincenalmente en San José de Costa Rica

Toda la correspondencia
debe ser dirigida
al apartado núm. 825

Precio: 5 cts.

JAN SELLERIN

PERIÓDICO PARA LOS NIÑOS

EL VIEJO DEL SUEÑO

Había una vez, a la orilla del mar y lejos de las otras casas, una cuevita muy linda. En ella vivían un viejito y una viejita, muy agachados y chiquitillos. Vivían solos y casi nunca salían de su cueva. Solamente el anciano era el que salía de vez en cuando, para ir a pasear ya a la luna, ya a las estrellas. Cuando volvía traía la alforja cargada de cosas raras, de entre las que sacaba lindos regalos para su viejita. Un día regresó más tarde de lo acostumbrado y su cara era la de una persona contrariada. Su mujer lo esperaba en la puerta y cuando lo vió venir a lo lejos, le gritó:—Hola! amigo mío. Ya me tenías inquieta. Qué te ha ocurrido? Entra pronto para que descanses y luego me contarás tu viaje.

Con la leña que el mar arrojaba cada día sobre la playa y que ella dejaba al sol para que se secara, prendió el fuego y al poco rato las llamas bailaban alegremente bajo la olla. El viejo dejó su alforja en un rincón y se acercó al fuego.

—Ay! mi buena mujer! Si vieras! *He pasado las del algodón* al atravesar por el pueblo. Has de saber que los chiquillos allí, se han encaprichado y no quie-



ren dormir cuando llega la noche. Hay unas *mirruscas* que quieren que los estén paseando, cantando y meciendo toda la noche. Otros más grandes patean y gritan antes de ir a la cama. Cuánta *malacrianza*, Dios mío! Figúrate que al muchacho de la pana-



dera que ya tiene cinco años y que debiera ser más formal, hay que contarle cuentos toda la santa noche. Si la madre cierra la boca se queda mirándola con sus dos ojazos y luego comienza a gritar, con tanta fuerza que se oye de las casas vecinas. La pobre



panadera ha amanecido enferma y hoy no ha podido hacer para la venta las ricas galletitas que ella sabe preparar. Como está resfriada, no ha podido amasar la pasta.

Y en la casa del carpintero es peor todavía: sus dos hijas que tienen ocho y diez años, quieren estar *levantadas* hasta las diez como la gente grande. Si los padres se enojan, dicen que no son gallinas para acostarse tan temprano. Si consienten en ir a la cama, quieren dejar la candela cerca, lo cual como ves, es peligroso y luego el padre tiene que gastar más.

Pero toda esa partida de muchachos *consentidos* no me da lástima porque no duerman. Lo que me apena es que hay muchos *chacalincillos* que no cierran los ojos porque están enfermos. Acabo de ver una fila de madres en la botica comprando pastillas de tolú y jara- bes para los acatarrados. A otros no les quieren salir los dientes y están *emporrosos* y llorones. También hay ojos que no se quieren cerrar porque sus dueños tienen hambre y frío. ¡Ay! mi querida viejita, hay que hacer algo para que todos esos ojos se cierren. Se ha ensayado pegarles los párpados con cola, pero como los chiquillos lloran, la cola se ablanda y los párpados se despegan.

Los dos buenos viejecitos se quedaron pensativos. ¿Qué hacer pensaba cada uno, para que los *chacalincillos* duerman?

De pronto la anciana dijo: ¿Recuerdas la arena que trajistes de una estrella, de aquella estrella en la cual tú me cuentas que la gente no hace más que dormir? Ensayemos con ella, ¿quieres?

Sí, muy buena idea, contestó el hombre.

Y los dos se levantaron, buscaron un saco vacío y se dirigieron al interior de la cueva. En un rincón había un montón de una arena negra como la tinta, pero muy brillante. Con ella llenaron el saco.

—Adiós—dijo el viejo echándose el saco repleto al hombro y saliendo de la cueva.

Tomó el camino del pueblo y cuando llegó a él, se puso a escuchar a la puerta de cada casa. Si oía gemir o llorar a un niño se metía por la chimenea y sin hablar a nadie tomaba un puñado de la arena de su saco y crac! la espolvoreaba sobre los ojos de los pequeños desvelados. Como usaba pantuflas con suelas de hule, nadie lo sentía llegar. Por fin se acercó a la casa de la panadera. El chiquillo lloraba y gritaba que era un gusto. No, yo no tengo sueño—decía. Yo no quiero cerrar los ojos, yo quiero tenerlos abiertos toda la noche, yo...

El viejo con su saco entró por la chimenea y lo sacudió porque ya estaba vacío, sobre los ojos del caprichoso que se revolvió como un gusano, entre los brazos de la mamá. De pronto, hizo una mueca, luego cerró la boca y los ojos y dejó caer la linda cabecita rizada en el seno de su madre. Ya estaba dormido! La pobre panadera suspiró de satisfacción.

El buen viejo, con su saco vacío, salió por la chimenea con su cara arrugada y bondadada, sonriente. Tomó el camino de su cuevita. La mujer lo esperaba en la puerta.

Qué hay?—le preguntó.

Admirablemente, mi viejita. Todos duermen ya: desde el *gorgojo* que sólo cuenta un día, hasta el hom-

brecito de doce años. Ya el hijo de la panadera no la molestará esta noche. Oh! como nos van a bendecir todas las madres!

Desde entonces cuando el sol se pone, el buen viejo con su saco de arena que trajo de una estrella, al hombro, recorre las calles y entra por las chimeneas de las casas donde hay chiquillos que lloran. Pero él prefiere entrar donde hay niños que lloran porque tienen algún dolor o porque sienten hambre y frío.

Traducción y arreglo de SAN SELERÍN

LOS MADEROS DE SAN JUAN

... Y aserrín
aserrán,
los maderos
de San Juan
piden queso,
piden pan;
los de Roque,
Alfandoque;
los de Rique,
Alfeñique;
los de Trique,
Triquitrán.

¡Triqui, triqui, triqui, triqui, trán!

¡Triqui, triqui, triqui, trán!...

Y en las rodillas duras y firmes de la abuela con movimiento rítmico se balancea el niño, y ambos agitados y trémulos están...

La abuela se sonríe con maternal cariño,
mas cruza por su espíritu como un temor extraño
por lo que en el futuro, de angustia y desengaño,
los días ignorados del nieto guardarán...

Los maderos
de San Juan
piden queso,
piden pan,

¡triqui, triqui, triqui, trán!

¡Esas arrugas hondas recuerdan una historia
de largos sufrimientos y silenciosa angustia!
y sus cabellos blancos como la nieve están;
... de un gran dolor el sello marcó la frente mustia,
y son sus ojos turbios espejos que empañaron
los años, y que a tiempo las formas reflejaron
de seres y de cosas que nunca volverán...

... Los de Roque,
Alfandoque...

¡Triqui, triqui, triqui, trán!...

Mañana cuando duerma la abuela, yerta y muda,
lejos del mundo vivo, bajo la oscura tierra,
donde otros, en la sombra, desde hace tiempo están,
del nieto a la memoria, con grave voz que encierra
todo el poema triste de la remota infancia,
pasando por las sombras del tiempo y la distancia,
de aquella voz querida las notas volverán...

... Los de Rique,
Alfeñique...

¡Triqui, triqui, triqui, trán!...

En tanto, en las rodillas cansadas de la abuela



EL SOL Y SU FAMILIA COMPUESTA DE LOS GRANDES MUNDOS QUE VIAJAN POR SIEMPRE A TRAVÉS DEL ESPACIO

LOS GRANDES MUNDOS DAN VUELTAS AL REDEDOR DEL SOL CON UNA LIGEREZA TAL, QUE NO LA PODEMOS IMAGINAR.
EN UN MINUTO CAMINAN MILES DE KILÓMETROS.

(Tomado de *The Children's Encyclopedia*).

con movimiento rítmico se balancea el niño,
y ambos agitados y trémulos están...

La abuela se sonríe con maternal cariño,
mas cruza por su espíritu como un temor extraño
por lo que en el futuro, de angustia y desengaño,
los días ignorados del nieto guardarán.

... Los maderos
de San Juan
piden queso,
piden pan;
los de Roque,
Alfandoque;
los de Rique,
Alfeñique;
los de Trique,
Triquitrán.

¡Triqui, triqui, triqui, trán!

JOSÉ A. SILVA

PLEGARIA DEL CABALLO

AMO MÍO: permítame que formule ante tí mi Plegaria:

Después del trabajo y de las fatigas del día, dame albergue en una caballeriza apropiada y limpia. Cuida de alimentarme convenientemente, y de mitigar mi ardiente sed; no puedo participarte cuando tengo sed o

cuando estoy enfermo. Pero si tú me atiendes yo te puedo servir más eficazmente, porque tendré más fuerzas. Si dejas la pastura manda examinar mis dientes. No permitas que me corten la cola, pues es mi única defensa contra las moscas y los demás insectos cuyas picaduras me atormentan. En el curso del trabajo háblame; tu voz



es para mí más eficaz que las riendas y el fuate. Acaríciame y enséñame a trabajar con buena voluntad. No me fatigues en las subidas ni me sofrenes en las bajadas. No me cargues demasiado. De mi buena voluntad te sirvo hasta donde alcanzan mis fuerzas. No olvides que estoy expuesto a morir en tu servicio en cualquier momento. Mientras vivo trátame con la consideración debida a un criado fiel. Si no te entiendo inmediatamente, no te desesperes y me castigues. Es fácil que no sea mi culpa. Examina mis riendas; no sea que no transmitan correctamente tus órdenes por estar mal colocadas. Mírame las herraduras, a ver si me lastiman.

QUERIDO AMO: Cuando la edad me haya hecho dé-

bil, o esté inválido, no me condenes a muerte por hambre. Júzgame, y si fuere necesario, márame tú mismo para que mis sufrimientos sean menores. Sobre todo, cuando yo no sea útil a tí, no me condenes al tormento del Toreo.

Perdona haber ocupado tu atención con esta mi humilde Plegaria, que te ruego no olvides, yo te la hago respetuosamente invocando a Aquél que nació en un Pesebre.

Una página de "El Pájaro Azul"

Muchos de vosotros tendréis la dicha de que en vuestra casa o en la escuela os lean las aventuras del Tylyl y Mytyl, los niños a quienes el hada Beryluna mandó a buscar el Pájaro Azul para su nieta enferma. Nada más encantador que imaginarlos en camino: el pequeño, Tylyl, vestido con el traje del Pulgarcito, calzoncito rojo, chaqueta de color azul claro, medias blancas y zapatos de cuero leonado; Mytyl, la niña con el vestido de Capucita, que todos debéis conocer.

Entre los lugares por que pasaron está el Jardín de las Dichas. Las Dichas son lindas niñas, vestidas con trajes color de luna, de rocío, de cielo. La Luz, en la forma de una virgen, cubierta de largos velos transparentes y brillantes, los lleva de la mano.

Una banda de Pequeñas Dichas, trastabillando y riendo a carcajadas, llega corriendo del fondo de las verduras y gira danzando en torno de los niños.

TYLTYL.—Qué bonitas son, qué bonitas!... De dónde vienen, quiénes son?...

LA LUZ.—Son las Dichas de los niños...

TYLTYL.—Puede hablárseles?...

LA LUZ.—Inútil es. Cantan, danzan, ríen, pero no hablan aún...

TYLTYL. (Moviéndose agitadamente).—Buenos días! Buenos días!... Oh! la gorda, aquella que ríe!... Qué bellas mejillas tienen, qué lindos trajes!... Aquí son todos ricos?...

LA LUZ.—Oh no, aquí, como en donde quiera, hay más pobres que ricos...

TYLTYL.—En dónde están los pobres?...

LA LUZ.—No puede distinguírseles... La dicha de un niño revestida está siempre de todo lo que hay más hermoso sobre la tierra y en los cielos.

TYLTYL. (No pudiendo estar ya en su sitio).—Quisiera danzar con ellas...

LA LUZ.—Es absolutamente imposible, ya no tenemos tiempo... Veo que no tienen el Pájaro Azul... Además, tienen prisa, lo ves, ya pasaron... Tampoco ellas tienen tiempo que perder, porque la niñez es breve...

Otra banda de Dichas, un poco mayores que las que acaban de pasar, se precipita en el jardín, cantando a voz en cuello: «Aquí están! Aquí están! Nos ven! Nos ven!...» danza, en torno de los niños, una alegre rueda, al fin de la cual, la que parece ser jefe de la pequeña tropa, se adelanta hacia Tytyl, tendiéndole la mano.

LA DICHA.—Buenos días, Tytyl!...

TYLTYL.—Una más que me conoce!... (A la Luz). Ya voy siendo conocido un poco por donde quiera... Quién eres?...

LA DICHA.—No me reconoces?... Apuesto a que no reconoces a ninguna de las que están aquí?...

TYLTYL (Todo corrido).—Pues no... No se... No me acuerdo de haberos visto...

LA DICHA.—Lo oís?... Segura estaba de ello!.. Nunca nos has visto!... (Las otras Dichas de la banda se echan a reír). Pero, mi pequeño Tylyl, si sólo a nosotras nos conoces!... Siempre estamos alrededor de tí... Comemos, bebemos, nos despertamos, respiramos, vivimos contigo!...

TYLTYL.—Sí, sí, perfectamente, sí me acuerdo... Pero quisiera saber cómo os llamáis...

LA DICHA.—Bien veo que nada sabes... Soy la directora de las Dichas-de-tu-casa; y todas estas son las otras Dichas que la habitan...

TYLTYL.—Acaso hay dichas en mi casa?...

Todas las Dichas se echan a reír.

LA DICHA.—Lo habéis oído!... Que si hay Dichas en tu casa!... Pero, desgraciadito, si está llena de ellas, hasta sacar de quicio las puertas y las ventanas!... Reímos, cantamos, creamos alegría, hasta para repeler los muros y levantar los techos; pero en vano todo, tú nada ves, ni escuchas nada... Es de esperar que en adelante seas un poco más razonable... Mientras tanto, vas a estrechar la mano a las más notables... Una vez de regreso en tu casa, las reconocerás así más familiarmente... Y luego, al final de un hermoso día, podrás alentarlas con una sonrisa, darles las gra-

cias con una frase amable, pues en verdad se empeñan cuanto pueden por hacerte la vida suave y deliciosa... En primer término, yo, tu servidora, la-Dicha-de-tener-salud... No soy la más bonita, pero sí la más seria. Me reconocerás?... Aquí está la-Dicha-del-aire-puro, que es casi trasparente... Aquí está la-Dicha-de-amar-a-sus-padres, vestida de gris y siempre un poco triste, porque no se la considera nunca... Aquí la-Dicha-de-un-cielo-azul, naturalmente vestida de azul; y la-Dicha-de-la-selva, no menos naturalmente, vestida de verde y que volverás a ver cada vez que te asomes a la ventana... Aquí está además la-Dicha-de-las-horas-de-sol que es de color de diamante, y la de la Primavera que es de color de plena esmeralda...

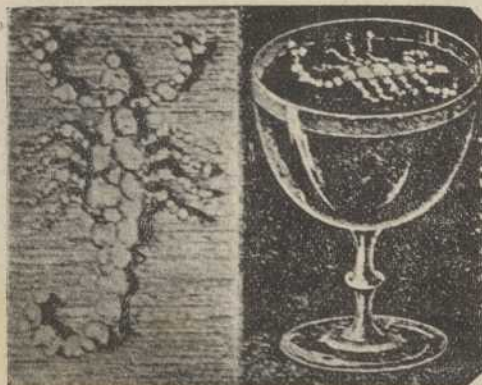
TYLTYL.—Y todos los días estáis tan hermosas?...

LA DICHA.—Vaya que sí; todos los días es domingo en todas las cosas, cuando se tienen abiertos los ojos... Y luego, para cuando la tarde llega, aquí está la-Dicha-de-las-puestas-de-sol, que es más bella que las reinas del mundo; a quien sigue la-Dicha-de-ver-alzarse-las-estrellas, dorada como una deidad de otras épocas... Después, cuando hace mal tiempo, aquí está la-Dicha-de-la-lluvia, cubierta de perlas, y la-Dicha-del-fuego-de-invierno, que pone en las manos heladas su hermoso manto de púrpura... y no hablo de la mejor de todas, porque es casi hermana de las Grandes Alegrías límpidas que veréis muy pronto, y que

es la-Dicha-de-los-pensamientos-inocentes, la más clara de entre nosotras... Y después, aquí están otras... Pero realmente son demasiadas!... No concluiríamos, y debo avisar antes a las Grandes Alegrías que están allá arriba, en el fondo, cerca de las puertas del cielo y no saben aún que habéis llegado... Voy a enviarles la-Dicha-de-correr-con-los-desnudos-pies-sobre-el-rocío, que es la más ágil...

EL ALACRÁN QUE NO PICA

En una copa bien limpia, llena de agua bien limpia también, en la cual se procurará no meter los dedos,



vayan colocándose, con la punta de un gancho de cabeza, o con las manos bien lavadas, pedacitos de alcanfor, de modo que formen la figura de un alacrán o de otro animal análogo. Una vez colo-

cadadas a flote, se verá que empiezan a moverse, dándole al alacrán todas las apariencias de un sér vivo, con lo cual aprenderéis, también, que, al ponerse en contacto con el agua, despide el alcanfor ciertos gases que lo ponen en constante movimiento.

(Tomado de la Revista Infantil Ilustrada. *Primavera*).